

— Con otra crisis semejante, escribió el doctor á la condesa, el enfermo concluyó.

Era pues ya tiempo de obrar por esta parte.

El cuerpo de la Pippione habia sido llevado á la iglesia mas cercana, en la que se dijo el oficio de difuntos acostumbrado, sin ningun aparato.

Cinco personas solamente, las mismas que habian presenciado la agonía de Blanca, asistían á esta lúgubre ceremonia.

A la puerta de la iglesia estaba uno de esos carruajes propios de la empresa de funerales; se colocó en él el ataúd, y el carruaje tomó la direccion de Passy.

Desde aquel momento, madama Lamouroux, rentista, ya no tenia razon de existir, y Elena se despojó para siempre de aquella dulceta de color de hoja seca que tantos desgraciados habian bendecido.

Las ventanas de la casa de la calle Vivienne se cerraron para no volver á abrirse sino el dia en que madama Rozel ú otra cualquiera volviera á tomar la direccion del almacen de modas.

Elena se fué á habitar el lindo cuarto de la Chaussée-d'Antin.

Volvió á ser Aurelia.

Hacia ya mas de tres semanas, es decir, todo el tiempo que Blanca habia estado agonizando, que la condesa no habia puesto los piés en aquel cuarto, á donde no habia dejado de venir un solo dia M. Gigant, para informarse de Aurelia.

La condesa de Monte-Cristo encontró amontonadas en una salvilla de plata todas las tarjetas que habia dejado aquel, y un billete fechado en aquella misma mañana, en el que el hombre de negocios se quejaba amargamente de haber sido burlado, y solicitaba... ó mas bien exigía una entrevista.

La lectura de esta carta hizo asomarse una sonrisa cruel á los labios de Elena.

— ¡Ah! está impaciente, dijo, desea un desenlace sea el que quiera. Pues bien, yo tambien tengo deseos de que esto se concluya.

Sentándose á su escritorio y tomando un papel con cenefa de color de rosa y que tenia por lema en su parte superior las palabras conocidas :

Fac et spera, escribió algunas líneas.

El resto del dia lo pasó la condesa en una lucha espantosa... Era la última.

Hasta entonces ella habia sido una especie de Providencia : desde hoy iba á ser una Justicia inexorable, y si necesario fuese, hasta llegaria á ser el impasible ejecutor de esta justicia.

Sus dudas y sus vacilaciones no fueron ahora, sin embargo, tan largas ni violentas como lo habian sido otras veces.

Tenia razon cuando decia á José y á Cipriana que, matando á su hija, habian muerto su corazon; y aun le parecia en ciertos momentos que hasta llegaria á sentir una alegría feroz, sentimiento que le habia sido desconocido hasta entonces, cuando llegase á satisfacer su venganza.

Esta venganza, que un principio la habia considerado como una necesidad penosa, la saboreaba hoy con delicias, y era la única sensacion que podia hacer vibrar las fibras paralizadas é inertes de su corazon.

XLVII

FAC ET SPERA.

(CONTINUACION.)

Habíase extendido la noticia de la grave enfermedad de Matifay, y su mujer la baronesa no recibía á nadie; de modo que el palacio, á pesar de todo su lujo y suntuosidad, estaba triste y silencioso.

Una luz que hacia mucho tiempo que no se habia visto brillar, aparecía ahora todas las noches en el pabellon que estaba á la extremidad del invernáculo y dejaba escapar sus resplandores por entre las barras de las persianas cuidadosamente cerradas.

Aquella luz habia llamado anteriormente, segun recordará el lector, la atención de los vecinos algunos dias. Y en el tiempo en que, á consecuencia de la marcha de la condesa de Monte-Cristo, el palacio habia quedado desierto, se la habia visto tambien brillar á una hora fija en algunos de los cuartos deshabitados.

Cuando el baron Matifay empezó á ocupar las habitaciones, la misteriosa luz habia desaparecido; hoy volvía á aparecer de nuevo y siempre en la parte del palacio que no estaba habitada.

Paris, lo mismo que los demas pueblos de provincia, tiene sus supersticiones : nada de lo que tenia relacion con « el hombre mas honrado y mas rico de Francia », podia pasar desapercibido ni serle indiferente.

Así se decia y comentaba entre amigos, que aquella luz era el alma de Matifay, y que el dia que se apagase, el baron moriria.

Y en ese caso, la luz no tardaria en extinguirse.

El mismo doctor Ozam, en la cartita que habia escrito á la condesa, le decia, segun hemos visto, que desesperaba de poder salvar al enfermo.

En efecto, Matifay no solo no salía ya de su cuarto, sino que ni se levantaba de la cama.

La última aparicion, la del baile de los niños, le habia aniquilado completamente.

Hasta entonces el fantasma se habia contentado con aparecersele, pero aquella noche le habia tocado. Es que la hora habia llegado.

Por su parte, la condesa no estaba ya de humor de andarse con chiquitas, como vulgarmente se dice, era menester obrar, y obrar con fuerza y energia.

Por lo mismo, habia respondido sin vacilacion ninguna á M. Gigant, diciéndole :

« Sois injusto; pero estais impaciente, y en razon de vuestra impaciencia os perdono vuestra injusticia. Todo llega á su fin : todo está dispuesto. Hallaos esta noche á la puerta del jardin del palacio Matifay. Os abrirán : seguid al guía que os conducirá y no le preguntéis nada.

» Esta noche los millones para nosotros... y para vos, vuestra recompensa. »

La noche de aquel mismo dia, se hallaban reunidos en el oratorio que ya conocemos, tres hombres y una mujer. La lámpara funeraria estaba colgada del techo, como siempre, y derramaba una luz pálida en la estancia. Las paredes seguan cubiertas con las colgaduras negras, y sobre el altar y debajo del globo de cristal, se podían ver las tiernas reliquias de los muertos queridos de Elena, el conde Jorje de Rancogne y el conde Octavio, su hermano.

La mujer era la misma Elena, y los hombres eran José, Clemente y Luis Jacquemin.

— Va á hacerse justicia, dijo la condesa de Rancogne con aire sombrío, y si yo soy implacable, Dios me perdonará. ¡Que aquellos que han muerto mi corazon no me pidan hoy misericordia!

Las diez dieron en un reló que estaba en un cuartito contiguo, y se oyeron tan distintamente como si el reló hubiese estado en el oratorio mismo.

— Ya es tiempo, dijo la condesa. M. Gigant debe estar ahí esperando.

Encendió una bugía á la luz de la lámpara, y cubriéndose con un gran manto, salió del oratorio seguida por sus tres compañeros; pero al llegar al umbral se detuvo, y poniéndose un dedo en la boca, les dijo :

— Silencio; no os dejéis ver, no hagais ni una señal, ni pronuncieis ninguna palabra : es menester no dejar escapar esa fiera, y ya sabéis lo peligrosa que es. Dejadme á mi misma el hacer todo. Cuando sea tiempo yo diré : *Fac et spera*, y entonces ya sabéis lo que teneis que hacer vosotros.

Bajó la escalera, siguió por un largo corredor y se encontró en el invernáculo.

José, Clemente y Luis habian venido detrás de ella y se ocultaron entre las espesuras de los bosquecillos. Ni el mero de una rama, ni la caída de una hoja, nada, en fin, hacia sospechar que se hallasen allí escondidos.

Aun cuando hacia luna, el cielo estaba encapotado; veíanse correr por el espacio atmosférico gruesos nubarrones empujados por un impetuoso viento capaz de arrancar los árboles, y estos nubarrones, al pasar como torbellinos, dibujaban con manchas negras en el suelo las propias y extrañas formas que ellos tenían en el cielo.

La condesa de Monte-Cristo puso su luz sobre el banco de mármol que estaba en medio del invernáculo, y se salió al jardin.

Iba con paso tan ligero, que parecia que sus piés no tocaban en el suelo.

Cuando llegó á la puerta del jardin, la entreabrió con precaucion y preguntó despacito :

— ¿Estais ahí?

Se dejó ver la sombra de un hombre que vino hacia ella corriendo, y exclamó :

— En fin, ¿sois vos?

— La contraseña, preguntó la condesa de Monte-Cristo.

— *Fac et spera*, respondió la voz del hombre con una emocion visible.

— Está bien, entrad.

Ella se apartó á un lado, y el hombre, de un brinco, se plantó en el jardin, cuya puerta volvió á cerrarse silenciosamente.

— ¡Aurelia! exclamó M. Gigant, tratando de tomar la mano de la condesa.

Pero ella la retiró vivamente y le dijo :

— Esperemos... ahora... dentro de poco.

Y con paso rápido, seguida del hombre de negocios, se adelantó hacia el invernáculo.

El cielo se habia oscurecido aun mas, y las nubes, impedidas por la ráfaga con mayor violencia, corrian con una velocidad extraordinaria, proyectando, al pasar por encima de los vidrios del invernadero, sus caprichosas formas sobre el enarenado suelo. Sentíanse caer algunas gotas gruesas, y se oía el ruido del trueno á lo lejos.

Todas estas imágenes exteriores influían en el ánimo de la condesa.

Parecía que aquella voz de la tempestad era como el asentimiento de Dios. Por otra parte, se hallaba extinguido en ella todo sentimiento de lástima y piedad, y, como habia dicho muy bien á José, su corazon habia muerto.

Ella habia querido ser la Providencia; pero la Providencia tiene dos manos. La una abierta siempre para el bien y llevando en ella la rama de olivo; y la otra, de donde salen los castigos para los malos, armada con el rayo vengador de Júpiter tonante.

Basta de clemencia. La obra del perdon y de la misericordia habia pasado; iba á empezar la del castigo. Castigo tan terrible, tan profundamente negro como lo habia sido el crimen.

M. Gigant, por su parte, estaba tambien animado de pasiones bien diferentes. El roce del vestido contra los arbustos y sus caprichosos movimientos no despertaban en él mas que ideas voluptuosas.

Pensaba en la recompensa... iba á recibirla, y con paso presuroso seguía á aquella sombra engañosa que se deslizaba, sin poder conseguir el alcanzarla, por mas que hacia ella extendía sus brazos para estrecharla en ellos.

Cuando llegó al banco de mármol, Elena se volvió bruscamente hacia M. Gigant, y extendió la mano para detenerle.

Él se apoderó de aquella mano con un movimiento de pasion irresistible, y la llevó á sus labios; pero la mano se retiró con la mayor viveza.

— Esperemos, repitió la condesa.

Estaba bien pálida, pero como en el invernáculo reinaba

una profunda oscuridad, M. Gigant no podía ver aquella palidez.

— ¿Por qué esperar todavía? dijo con voz suplicante, ¿ignorais la llama inextinguible que habeis encendido en mi pecho? Me parece que mi sangre hierve como una lava y abrasa mis arterias y mis venas; hace seis semanas que estoy viviendo en un continuo delirio. Os aseguro que esto es diabólico... si es preciso que espere todavía, llegaré a morirme...

— ¿De veras? dijo Elena con una inflexion particular de voz. Tranquilizaos, Hércules, que no será larga la espera.

El nombre de Hércules hizo estremecer á M. Gigant; aquel nombre no habria debido saberlo Aurelia; pero por ventura ¿no sabia ella todo?...

— Hablemos, dijo friamente la condesa. En primer lugar, ¿estais contento conmigo? yo estoy muy contenta de vos.

Así diciendo, se habia sentado negligentemente en el banco de mármol.

M. Gigant quiso sentarse á su lado, pero ella le apartó suavemente.

Notábase una entonacion particular en su voz; ¿era producida por el temor, por el horror, ó bien por la vacilacion bien natural en una mujer que combate y teme el ser vencida?

Habia motivos para equivocarse, y M. Gigant se equivocó.

Se hallaba en uno de esos momentos en que la pasion domina todo, enturbia la vista, entorpece el oido y turba el espíritu.

— Esperemos, volvió á repetir Aurelia con voz mas débil, en cuya palabra entrevió Hércules todo un mundo de delicias.

— Estoy contenta de vos, continuó la condesa con tono firme y pausado como el de un jurisconsulto.

El negocio del coronel Fritz ha sido manejado con habilidad y despachado brevemente; á la hora en que estamos, vuestro antiguo cómplice ha muerto, y hé aqui un asociado menos con quien repartir la herencia.

Vos me habeis respondido de Toinon, y yo debo confesaros ademas que, por razones particulares que me son conocidas, ya no le temo.

En cuanto á mí, os debo dar cuenta de mi conducta, que ha debido pareceros oscura algunas veces.

Hé aqui lo que he hecho :

No siéndonos ya necesaria Nini Moustache, nos habria estorbado, y he debido eliminarla; á esa la tengo cogida por el agradecimiento. Su hermana Ursula va á casarse con Luis Jacquemin, y los tres se irán á vivir á una provincia muy dichosos y siéndonos deudores de todo. Para esos tres, yo soy una especie de santa.

Matifay está muriéndose en estos momentos. Dentro de algunos meses, su viuda habrá cambiado de nombre, y se llamará madama José de la Cruz. Ya sabeis, pues, que yo poseo todos los documentos que harán reconocer á M. José como hijo vuestro y mio.

Es inútil el decirs que M. José no es nuestro cómplice,

sino únicamente nuestro instrumento : un instrumento precioso, elegido y probado entre otros mil. Un niño expósito que ignora cuál sea su origen, que yo he entretenido largo tiempo con la idea de un nacimiento misterioso cuyo secreto conozco yo sola.

— Entonces, exclamó Gigant, nada nos separa ya de nuestro objeto.

— Nada, respondió friamente Elena. Sí, creo haber previsto todo, arreglado todo, destruido de antemano todas las objeciones posibles; pero cuando se llega al desenlace, se vacila, se duda, aun cuando se tenga todo dispuesto. Se teme ver presentarse algun obstáculo en los últimos momentos. En definitiva, de tantos personajes como yo he puesto en juego, he hecho obrar, pensar á mi manera como si yo misma fuese la que dictase sus pensamientos; no hay mas que uno que me sea desconocido, y este sois vos... vos á quien yo he tomado por compañero para jugar esta partida. Hoy ha llegado la hora de las explicaciones solemnes. La presa está ahí : no tenemos mas que alargar la mano para cogerla y repartirla. Pero antes de la reparticion, es menester que nos demos garantías reciprocas y formales, sin lo cual nada se haria. Yo no estoy de humor de dejarme hacer la victima, ni de verme burlada aun por el hombre que yo amo.

Casada una vez con vos, ¿qué se hace de mi conquista?

La parte de esta fortuna que me corresponde, parte que tan laboriosamente he ganado, cae en vuestras manos, porque vos sereis mi dueño, quizás mi tirano, y yo quedo desarmada contra vos.

Yo no soy una mujer como las demas, Gigant, no quiero ser en la casa un ser puramente pasivo y obediente. Quiero tener mi parte de dominio en la familia que nos hemos creado á fuerza de industria y de valor, y es preciso que quede armada contra vos; y yo he contado con que seriais vos mismo quien me procurase las armas.

— ¿Yo mismo? dijo Gigant admirado.

— Vos solo. En definitiva, ¿qué os importa eso? hiriéndoos, por decir así, vos mismo, una vez concluido y sellado nuestro pacto, ¿no seré yo misma quien os cure? Yo no os perderia, porque al perderos me perderia yo misma : solamente quiero estar precavida, hasta contra la idea de verme ú oprimirme que pudieseis tener algun dia.

Dándome por mujer vuestra, me entrego á vos con las manos atadas; haced vos lo mismo conmigo, siendo mi marido.

— ¿Y qué es preciso hacer? preguntó M. Gigant.

— Bien poca cosa. Hacerme las confiancias que todo buen marido debe hacer á su mujer; no tener secretos para mí, contarme vuestra vida, decirme en fin, quién sois realmente, dejándome ver el rostro que oculta vuestra careta.

El miserable estaba sufriendo en su interior un combate muy terrible.

Lo que Aurelia le pedia, en resumen, era nada menos que su honor y su vida.

Los débiles restos de su razon luchaban enérgicamente contra su pasion desenfadada.

La condesa le tomó la mano, y con un ademan de voluptuosidad provocativa, le hizo sentarse á su lado.

— ¿No hemos convenido, le dijo en voz baja, pero clara, que no habria secretos entre nosotros y que no habria mas que un alma en dos cuerpos, dirigida por una sola voluntad y hácia un mismo objeto? Pues, que todo sea comun entre los dos; estad persuadido de que sean los que quieran vuestros abuelos, no por eso cambiaré de idea.

— Interrogad, respondió sordamente Gigant.

— En primer lugar, dijo la condesa, que no pudo reprimir un movimiento de orgullosa alegría al sentirse tan fuerte, en primer lugar, decidme ¿cuál es vuestro verdadero nombre?

— Hércules Champion, contestó Gigant.

— ¡Ah! ahora caigo en ello, y comprendo, dijo la condesa; el solo nombre de Hércules Champion me explica muchas cosas. Es el nombre del primo de la condesa de Rancogne que figura en su proceso.

¿Creeis que la condesa fuese culpable?

Nó; ¿no es verdad? La conducta de Matifay era muy oscura, y el plan que yo he adoptado con él me ha dado tan buenos resultados, que ahora yo sé perfectamente á qué atenerme; pero vos, ¿qué habeis hecho? ¿Qué participacion habeis tenido en la muerte del conde Jorge, en la de su hermano Octavio, y en fin, en la sentencia que condenaba á la condesa, viuda de uno y otro?

Hércules se callaba.

— Habia en este negocio complicados tres hombres, continuó Aurelia con el tono de una persona que busca en su imaginacion y trata de recordarse.

Un hombre de negocios, de dinero : este era Matifay.

Un hombre de ciencia : el doctor Toinon.

Un ambicioso : este sois vos.

El hombre de ciencia es el que ha debido suministrar el veneno : el hombre de negocios el que ha debido embrollarlos, y vos debeis haber sido la cabeza que ha combinado y dirigido.

Gigant hizo un movimiento brusco.

— ¡Bah! no lo oculteis, dijo Aurelia; yo soy una mujer muy particular : admiro la fuerza en cualquiera parte en donde la encuentro. Para conseguir vuestro objeto os era necesaria la muerte de dos hombres, y la condenacion de una inocente ¿qué vale eso? A mí me gusta que no se detengan las gentes por obstáculos vulgares, sino que marchen derechos al objeto, sin reparar en los medios. Precisamente, os lo confieso, porque os he creído capaz de esa energía, es por lo que yo os he elegido, y por lo que os amo.

Esta palabra « os amo » tan dulce, tan suave, fué pronunciada por Aurelia como un grito de dolor : hubiérase dicho que al pronunciarla y al pasar por sus labios, se los abrasaba.

Pero Gigant no se hallaba en estado de percibirse de ello; enloquecido por la pasion, trémulo, delirante y lleno de entusiasmo, se habia apoderado de las manos de Aurelia que esta no podía ya desprender de las suyas, ni librarlas de la mordedura de sus caricias, y con el mayor fuego exclamaba :

— Sí, sí; puesto que es preciso ser el hombre que decís, para obtener vuestro cariño, yo soy ese hombre. Sí, yo he hecho todo eso : yo he sido el espíritu, la mano que dirigia esos instrumentos necios.

Matifay tiene remordimientos, porque es débil. Yo soy fuerte y no los tengo. Toinon es uno de esos bribones vulgares : ha mezclado un poco de arsénico en las bebidas y pociones ¡vaya un milagro!

Sin mí, nada habrian conseguido. Sí : habrian concluido por ir á un presidio como estafadores comunes.

Mientras tanto, la tempestad se habia desencadenado, y los nubes, aglomeradas por encima del invernáculo, hacian caer torrentes de lluvia sobre sus vidrieras con un ruido sonoro y estridente.

— ¿Y vos, preguntó Gigant, vos á quien yo descubro hoy el enigma de mi vida, á quien doy esa arma terrible, y que, ahora, con una sola palabra vuestra podriais hacer caer la cabeza de mis hombros; no me descubriréis tambien vuestro secreto?

— ¡Mi secreto! exclamó Aurelia con una entonacion de voz extraña, ¿quereis conocer mi secreto?...

Y levantándose de repente, y soltando, con un brusco movimiento, sus manos de entre las de Gigant :

— Pues si quereis conocerlo, dijo, seguidme...

XLVIII

LA JUSTICIA DE LA CONDESA DE MONTE-CRISTO.

M. Gigant, siguiendo á Elena, se habia metido en una escalera estrecha y enteramente oscura, y como á cada momento tropezaba con los escalones, aquella le alargó una mano para guiarlo y conducirlo.

Esta mano estaba fria como el mármol.

Después de haber subido como unos veinte escalones, Gigant percibió el pálido reflejo de una luz que salia por debajo de una puerta : esta puerta se abrió sin hacer el menor ruido, y M. Gigant se quedó en el umbral como petrificado, al descubrir el singular espectáculo que se presentaba ante su vista.

Se hallaba á la puerta misma de aquel oratorio en el que hemos introducido ya, por dos veces, al lector.

Volviéndose hácia él Elena, le dijo :

— Entrad, puesto que quereis saber quién soy yo...

Se habia echado hácia atrás su largo velo, y Gigant reconocía aquel rostro pálido que habia entrevisto una vez en el gabinete-tocador de Aurelia.

Conoció que se hallaba perdido, pero en vano trató de gritar.

La puerta del oratorio habia vuelto á cerrarse, y en el momento en que se preparaba á arrojarse sobre aquella

muerta que se obstinaba en salir de la tumba, — ¿quién sabe? quizás con el objeto de matarla otra vez, — sintió posarse sobre sus hombros una mano pesada que le obligó á encorvarse y á dejarse caer en un sillón.

La misma mano pasó sobre su rostro y ató detrás de su cabeza alguna cosa que le tapaba la boca y le impedía hablar.

— Queriais saber quién soy, repitió la condesa en voz baja pero solemne. Pues vais á quedar satisfecho.

Soy el fantasma vengador, la imagen terrorífica de vuestro crimen, el remordimiento que no muere.

Soy la condenada por el tribunal de los Asises de Limoges; la inocente sacrificada, la viuda inconsolable á quien habeis privado de dos esposos, la madre de la hija que ha muerto.

Este, — y designó á M. José que se mantenía de pié al lado del sillón en que estaba atado Hércules, — este es aquel niño débil que ha desconcertado vuestro plan infernal, el compañero fiel de mis sacrificios y de mis venganzas, el auxiliar seguro que me ha acompañado siempre, me ha servido y me ha amado siempre.

Gigant no podía responder, pero sus miradas expresaban una angustia y un terror desconocidos.

— Dios es justo, continuó la condesa. Nosotros éramos bien débiles: una mujer sin nombre y sin patria, y un pobre niño, un aldeano...

Vosotros érais bien fuertes. Teniais la estimación pública, la fortuna, todo.

Y sin embargo, esta mujer y este niño son los que van á decidir hoy de vuestra suerte.

Alzó la mano, y en seguida la sala se fué oscureciendo insensible y gradualmente; la luz de la lámpara se apagó, y los actores de esta escena quedaron por unos momentos sumidos en una profunda oscuridad.

Luego, Gigant vió de repente aparecer en frente de él un resplandor, como si la pared se hiciese trasparente, y hecha aquella luz mas viva aun á través de la pared, apercibió un siniestro cuadro.

Veía un cuarto espacioso ricamente amueblado, y en aquel cuarto, justamente en frente de él, había un enfermo acostado en una alcoba oscura.

En el fondo del cuarto una chimenea, en donde estaban apagándose unos cuantos tizones, un reló, y una lámpara cubierta con su pantalla estaban sobre la chimenea.

El reló señalaba las doce.

Y como si el enfermo asistiese por su parte, á una fantasmagoría semejante á la que él presenciaba lleno del mayor terror, se incorporó con grande pena sobre el lecho, y extendió sus brazos hácia adelante como para rechazar una horrible vision.

Sus labios se contrajeron y articularon un grito de congoja, si es que puede expresarse por la palabra grito el suspiro de horror que él exhaló.

— ¡Gracia!

Hércules había reconocido á Matifay.

Elena se había colocado en plena luz, de pié y en medio del marco del grande espejo del cuarto de Matifay, como si

este espejo se hubiese trasformado de repente en un cuadro.

Extendió los brazos hácia el banquero con ademan solemne y como respondiendo al suspiro de este exclamó:

— ¡No hay gracia!

El baron se retorcia las manos con las mayores angustias.

Esta era la primera vez que la vision, puntual siempre á la hora de la cita, le hablaba; y así como había reconocido el rostro, reconocia tambien ahora la voz.

— ¿Qué es menester hacer? preguntó angustiosamente Matifay.

— Confesar tu crimen, respondió la aparición.

— ¡Yo lo confesaré!... ¡yo lo confesaré!... exclamó Matifay.

— En seguida, añadió la voz.

Y con un trágico ademan señaló el bufete del baron y le dijo:

— Ponte á esa mesa y escribe.

Matifay hizo un esfuerzo sobrehumano para levantarse, pero se volvió á caer sobre la cama casi sin vida.

— No puedo levantarme, exclamó.

— Es preciso, sin embargo; hasta que no hayas escrito no me moveré de aquí.

El baron hizo nuevos esfuerzos para levantarse y al fin despues de largas y penosas tentativas, consiguió poner los piés en el suelo; despues agarrándose á los muebles, alcanzó una bata, se la vistió y consiguió llegar hasta el bufete.

— ¿Qué es preciso escribir? preguntó por última vez.

Y la voz inexorable le respondió:

— Todo... todo lo que tú has hecho, y lo que han hecho tus cómplices.

Hércules comprendia, en fin, lo peligroso de la situación. Atado á aquel sillón, mudo, reducido á la impotencia mas completa, iba á asistir á la redacción de su acta de acusación, escrita por su propio cómplice.

Hacia esfuerzos extraordinarios para desembarazarse de su mordaza y poder gritar á Matifay:

— Te engañan; tú te crees estar al frente de una vision, de un espectro salido de la tumba; mientras que esa mujer que representa ese terrible papel, no es un fantasma, sino una persona viva. Desecha esos vanos terrores, no escribas, y ahora que nosotros la conocemos, y que ella se ha descubierto, nuestro triunfo no es dudoso.

Se agitaba frenética y desesperadamente en su sillón; pero las manos de M. José volvieron á posarse de nuevo encima de sus hombros, y oyó que le decían con voz grave al oído:

— Escucha, Hércules Champion.

— Es menester revelarlo todo, escribirlo y firmarlo, continuaba diciendo la condesa de Monte-Cristo.

El castigo tuyo, Matifay, es completo: la muerte te ha tocado en la frente. Dios ha permitido ese milagro. Pero, ten entendido, que no volverá á encerrarse tranquilamente en su tumba, sino cuando haya sido lavada enteramente la afrenta hecha á su nombre y rehabilitada su memoria.

Es preciso que los otros culpables sean castigados tambien como tú lo has sido.

Escribe.

Matifay se limpiaba con la manga de su bata las gruesas gotas de sudor que corrían por su frente.

No porque vacilase, no se sentía con la fuerza ni con la voluntad de resistirse á cumplir una orden venida de tan alto y de tan lejos, sino que aun en aquellos momentos su razon se sublevaba contra la vision, y se decia:

— Esta es la alucinación que continúa; esta forma no existe; esta voz no habla sino en mi conciencia: con un poco de valor que tenga me pasará este acceso.

Aquel hombre estaba acostumbrado á oirse llamar *el hombre mas rico y el mas honrado de Francia*, y ¡qué! ¿iba á escribir él mismo su propia sentencia y destruir de una pluma, en un día, en una hora, la obra de perseverancia y de disimulación en que había vivido toda su vida?

Se le figuraba estar oyendo ya los cuchicheos del día siguiente:

«¿No sabeis lo que pasa?... ese millonario era un ladrón. Su probidad no era sino una refinada hipocresía; — ese patriarca tan venerable cuyo nombre se había hecho, por decirlo así, uno de los sinónimos de la palabra honor, era un asesino.»

Y ¿era él mismo quien iba á suministrar las pruebas de todo esto, á escribirlas y firmarlas de su propio nombre, puño y letra, solamente por mandato de un fantasma que no existía realmente sino en su imaginación enfermiza?...

Pensando así, Matifay tuvo un momento de valor, se sublevó contra la pesadilla, y arrojando la pluma exclamó:

— No; no quiero, y no escribiré nada de eso.

M. Gigant dió un gran suspiro que alivió su pecho.

XLIX

CONTINUACION DEL CAPÍTULO PRECEDENTE.

El valor de que se sentía animado Matifay, era el valor del cobarde que se subleva, el del javalí al que se acusa y acorralla.

Se acordó de los consejos del doctor:

«— Tened ánimo para dirigiros hácia la aparición á fin de convenceros de su inanidad, y entonces, quizás os vereis libre de ella.»

Se levantó decidido á seguir el consejo del doctor Ozam, á todo riesgo y costa.

Sus piernas temblorosas apenas le podían sostener, viéndose precisado para guardar el equilibrio á extender sus brazos como un hombre embriagado, ó á manera de balancin.

Es verdad que independientemente del esfuerzo moral que hacia, el esfuerzo físico era tambien extraordinario y casi sobrenatural.

A cada paso que daba sentía reblandecerse sus miembros como si fuesen de algodón, y se veía obligado á detenerse y á limpiar su frente chorreando de sudor.

Entonces se paraba y descansaba durante algunos segundos, tendiéndose sobre algun sillón que estaba á su alcance; y, cuando despues de este ligero descanso había vuelto á recuperar algunas fuerzas, continuaba su marcha hácia la aparición.

Esta permanecía en el mismo sitio, inmóvil y sin decir palabra, y ¡oh! ¡qué dicha! segun Matifay iba acercándose á ella, le parecía que se iba volviendo mas diáfana y mas vaga.

El doctor tenía razon. Aquella vision, parto de su imaginación calenturienta, no resistía cuando se la examinaba con ánimo sereno y resuelto.

Cuando Matifay llegó cerca del sitio en donde estaba, ya había desaparecido.

Luego, se le figuró al baron que la base del cuadro en que le había aparecido Elena sobre un fondo profundo y oscuro, se iluminaba poco á poco con una luz vaga.

Aquella luz, semejante á la línea plateada y brillante de la superficie de un estanque que se descubre á cierta distancia en el horizonte, iba subiendo, subiendo sin cesar y ocultando por grados, primero la parte baja del vestido de Elena, despues sus rodillas, luego su cintura, y envolviéndola en fin y haciéndola desaparecer como sumergida por una ola del mar.

Matifay ya no veía mas que los hombros de Elena, una cabeza flotando sobre el brillante nivel que fué tambien sumergida, y luego, nada.

El baron extendió entonces la mano, y su mano se encontró con un obstáculo frio y terso, con la luna del espejo en cuyo fondo se reflejaba su propia imagen, en el punto mismo en que le había aparecido la vision vengadora.

Entonces dando un profundo y prolongado suspiro que desahogó su corazón, exclamó:

— El doctor tenía razon, yo estaba loco.

Pero hé aqui que una voz sorda, muy cercana á él, vaga y débil como si hubiese venido del otro mundo, le dijo casi al oído:

— ¡Escribe!

Así fué como el fantasma dejó aterrados á los jóvenes señores compañeros de Hamlet, dando golpes sordos debajo del enlosado en la plataforma de Elseneur.

Matifay extendió sus manos encrispadas como para impedir que volviese á presentarse la vision, y como para darse ánimo á sí mismo por medio del sonido de su propia voz, exclamó:

— ¡Mentira! estos son los restos de un delirio; el espectro no existe, puesto que no le veo ya.

— ¡Escribe! le respondió la voz.

Pero esta vez, mas clara y mas vibrante.

Matifay retrocedió dos pasos, y ocurrió un fenómeno igual al que acababa de reproducirse, aunque de una manera enteramente opuesta y diferente, á medida que el banquero iba retrocediendo.